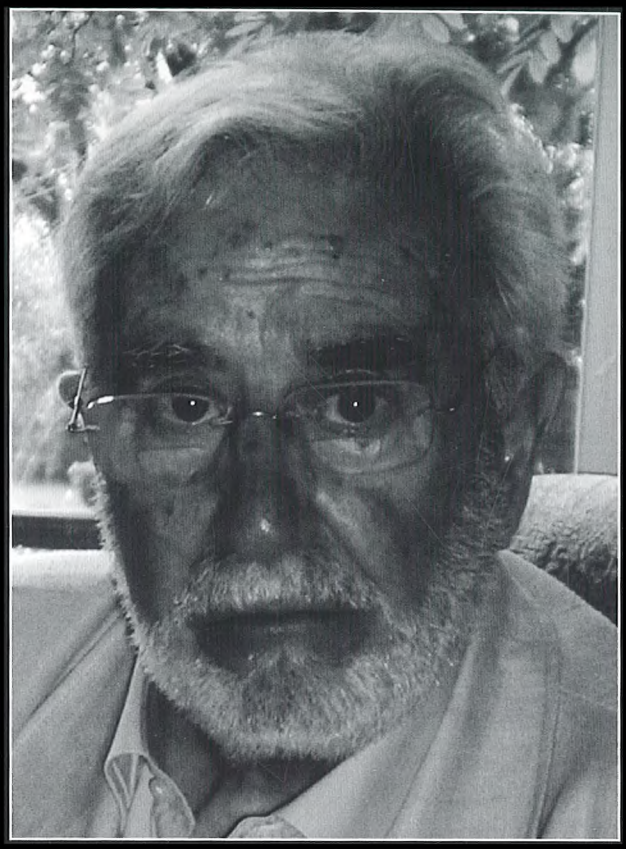

CARLOS CASTILLA DEL PINO, un entrañable recuerdo

* Jesús Fernández Palacios

Tras su muerte en Córdoba el pasado 15 de mayo, recordamos a Carlos Castilla del Pino con afecto y emoción y, cómo no, con un gran respeto y admiración por su obra. Le recordamos como fiel amigo de la Fundación Caballero Bonald, en la que fue miembro de su consejo asesor, miembro también del consejo de redacción de esta revista y participante asiduo en los congresos y actividades de dicha institución desde sus inicios, hace ya más de diez años. El propio Caballero Bonald lo recordaba así en un artículo publicado en *El País* al día siguiente de su fallecimiento: "Compartí con Carlos Castilla muchas peripecias humanas y políticas y siempre he sido un acompañante fiel de su literatura, de sus actitudes profesionales, de su pensamien-

to civil. De él me sedujo siempre su fervor ideológico, su sentido de la dialéctica, su crítica de la cultura y de la sociedad. Lo conocí en Córdoba, en los años sesenta, en una de aquellas asambleas clandestinas organizadas por el Partido Comunista, la única organización política realmente eficaz entonces dentro de la oposición antifranquista. Pero más allá de nuestra relación literaria o de nuestras coincidencias políticas, me atraía mucho el personaje divertido, el generoso conversador, el amante de los nobles placeres de la vida. Era un hombre docto, un espíritu independiente y un profesional magnífico. Tenía fama de psiquiatra severo, pero era un interlocutor apasionante y un compañero sin tacha".

Un ajustado retrato de algunos de los atributos humanos y profesionales que caracterizaban a Carlos Castilla del Pino, cuya aventura vital fue larga y azarosa, fecunda y polémica, interesante y ejemplar por muy diversas razones. En *Pretérito Imperfecto (1922-1949)*, el primer volumen de sus memorias, se revelan circunstancias tremendas que vivió en su infancia y durante la Guerra Civil en San Roque (Cádiz), donde nació, así como en sus comienzos profesionales. Ahí están el niño, el joven estudiante, el universitario, el médico, el intelectual, el profesor, el escritor de talla. Tras terminar el bachillerato, se fue a Madrid en 1942 para estudiar Medicina en la Complutense. Lector precoz, tuvo una temprana vocación científica marcada por su admiración hacia don Santiago Ramón y Cajal. De 1943 a 1946 fue alumno interno del Departamento de Psiquiatría del Hospital Provincial de Madrid, que dirigía el profesor Juan José López Ibor, con el que años más tarde terminaría enemistado por infranqueables diferencias ideológicas y profesionales, que quedan reflejadas en su obra *Casa del Olivo (1949-2003)*, el segundo volumen de sus memorias. En dicho hospital conoció al eminente neurólogo Manuel Peraita, formado en la alta escuela neurológica germánica de Föster, que acabó convirtiéndose en uno de sus maestros. Entre 1946/1949 continuó en el mismo departamento como médico interno, compatibilizándolo con sus colaboraciones en el Departamento de Histología del Sistema Nervioso del Instituto Cajal de Madrid, donde conoció a algunos discípulos de su admirado Ramón y Cajal, con los que trabajó y aprendió sobre los mecanismos del cerebro. Su tesis doctoral, leída en 1947, versó sobre "Fisiología y patología de la percepción óptica del movimiento". También por entonces investigó la distinción de esquizofrenias encubiertas por otras patologías. Desde 1949 dirigió por oposición el Dispensario de Psiquiatría de Córdoba, hasta 1987 en que se jubiló. En todos estos años realizó una importantísima labor asistencial,

llegándose a cuantificar en más de cien mil los pacientes que llegó a tratar. Por su posición profesional y política, opuesta ostensiblemente al régimen franquista, fue suspendido cuatro veces en su anhelada búsqueda de la cátedra universitaria (en 1952, 1956, 1959 y 1969), las tres últimas, según declaraciones del propio Castilla del Pino, "escandalosamente manipuladas por los próceres del régimen". Finalmente, en 1983 y ya restaurada la democracia, don Carlos fue nombrado catedrático extraordinario de la Universidad, una consideración más que merecida.

Resumida de un modo breve y esquemático, su línea original de pensamiento está determinada por la introducción en la psiquiatría del pensamiento dialéctico originado en Marx, y asimismo por la dialecticidad que representa la investigación y la teoría psicoanalítica, ejemplificada en este sentido en su obra *Psicoanálisis y Marxismo*, que publicó en 1972 con varias ediciones en su haber. La influencia de Freud y de algunos psicólogos norteamericanos fue determinante en su posición profesional. Una posición ejercida en muchos aspectos a contracorriente en un medio tan hostil como fue el franquismo, que le valió sin embargo la admiración de sus incondicionales discípulos y de una buena parte de la psiquiatría española e internacional.

Antes de 1966 escribió importantes artículos y monografías que se editaron en prestigiosas revistas especializadas dentro y fuera de España. A partir de ese año, empezó a publicar libros de psiquiatría y de ensayos sobre temas humanistas, sociológicos y culturales. En sus obras de psiquiatría trató sobre la depresión, la culpa, la alucinación, la mentira, la intimidad, el silencio, la obscenidad, la envidia, los celos, la locura, la muerte, la extravagancia, la sospecha, el error, los sentimientos, el masoquismo, la esquizofrenia, el lenguaje, los personajes y la propia psiquiatría como ciencia. En definitiva, sobre los padecimientos de sus pacientes o, por qué no, sobre algunos de sus propios padecimientos familiares y profesionales, que a veces tuvo que objetivar para combatir la locura y la desesperación, pues también Castilla del Pino, como el pobre don Quijote, fue "apaleado" muchas veces en su vida, en su intensa y larga vida, y hubo de aplicarse en más de una ocasión el extraordinario bálsamo de Fierabrás, es un decir, que según la leyenda solía curar a los caballeros andantes. Por otra parte, entre sus libros de ensayos figuran títulos donde reflexiona sobre la incomunicación, la mujer, el humanismo, el saber, psicoanálisis y marxismo, el hombre, la cultura y la sociedad y, en el más reciente, sobre cordura y locura en Cervantes. Asimismo ha publicado las novelas *Discurso de Onofre* (1977) y *Una alacena tapiada* (1990) y algunos relatos.

De un modo particular, me gustaría recordar ahora que en el nº 4 de la revista *Campo de Agramante* (otoño de 2004) publicamos cinco capítulos inéditos

de dos novelas que Carlos Castilla del Pino estaba escribiendo desde los años 90. No sabemos aún si dichas obras fueron concluidas o si las dejó inacabadas. De hecho llegó a confiarme -meses antes de su muerte, aunque ya seriamente enfermo- que en los seis o siete años (*sic*) que le podían quedar de vida quería terminar de escribir algunos libros ya proyectados. En cualquier caso ésas y otras muchas páginas, tan interesantes, quedarán como testimonios de su incansable actividad creativa, que mantuvo hasta prácticamente el final de su existencia. Teníamos concertada con él, a través de su esposa Celia, una larga entrevista que, de haberse realizado, la hubiéramos publicado en este mismo número de la revista. El imparable avance de su enfermedad convirtió ese proyecto en una triste frustración. Sólo saber que su esposa Celia Fernández Prieto, profesora de la Universidad de Córdoba y crítica literaria de la mayor solvencia, sustituirá a Carlos Castilla del Pino en los consejos de esta Fundación y de esta revista -un compromiso ya aceptado que sinceramente le agradecemos-, sólo eso atenúa en parte tan irreparable pérdida.